

“...en el que acontezco yo rítmicamente”

Homenaje a Carlos Riesco Grez
15 de noviembre de 2007-11-15
Instituto de Chile

Alfredo Matus Olivier

Música: respiración de las estatuas. Tal vez:
silencio de los cuadros. Tú, lenguaje,
donde termina todo lenguaje. Tú, tiempo,
colocado perpendicularmente
sobre los corazones que se desvanecen.

“A la música”

Rainer Maria Rilke, *Poemas dispersos*.

He querido empezar esta breve evocación de Carlos Riesco, músico intrínseco, con estas palabras de Rilke, en la estupenda, en la sorprendente versión de Otto Dörr. Es que aquí está todo, la intuición del ser de ese nexo, indisoluble, de esa transustanciación entre el lenguaje y la música. La palabra y la música, ese legado fabuloso de un semidiós eterno, Orfeo. Respiración, inspiración, espiración, soplo, *pneuma*, espíritu que infunde, es lo que subyace. Lo sabía Carlos, estudioso de las lenguas clásicas, lector infatigable de novelas de caballería, caballero él como el “de los espejos”. “Muchos son los andantes” –dijo Sancho. “Muchos- respondió don Quijote-, pero pocos los que merecen nombre de caballeros” (Don Quijote II, VIII). Pocos, en verdad, y entre ellos, cabalmente, Carlos Riesco Grez.

Una vez me encargó una novela de caballería muy poco conocida. Se la encontré en Madrid. Otra vez, se entusiasmó con una edición bilingüe de las *Acta Martyrum*: “vidimus et testes sumus” (I, Io.1, 2), que yo andaba trayendo bajo mi brazo bibliográfico. Lo buscó por cielo y tierra hasta que lo encontró. Le interesaban los textos filológicos, fehacientes, establecidos científicamente, los amaba con rigor musicológico, diría yo. Leía mucho, consumía palabras, poesía, *lógos semántikos*. Aspiró mucho, tanto como espiró, en actos respiratorios de potente fuerza sonora.

Quisiera recordar a Carlos Riesco en ese momento de la noche en que todo calla, en que las voces se retiran e impera omnipotente el silencio. *Conticinium* lo llamaban los latinos, *conticinio*. En pleno conticinio

quisiera traer su recuerdo para dejar puro ese impulso respiratorio que lleva a la palabra y a la música. Como ha escrito, al silencio, nuestro poeta Gonzalo Rojas:

Oh voz, única voz: todo el hueco del mar,
todo el hueco del mar no bastaría,
todo el hueco del cielo,
toda la cavidad de la hermosura
no bastaría para contenerte.

Por eso, no podíamos confluir más naturalmente las dos academias hermanas. Porque, para Carlos, el lenguaje era música y para mí, la música es poesía, o, lo que es lo mismo, lenguaje en estado puro, lugar de la plenitud de los procesos productores de sentido. Sonoridad impulsada por el viento, desde los pulmones y desde más adentro de los pulmones, desde el espíritu, y desde más adentro del espíritu, desde la *neshamá* de los hebreos, como en la coplilla sefardita:

La rosa enflorese
en el mes de mai.
Mi neshamá s'escurese
sofriendo del amor.

Cuando escuchó Carlos, ese poema melódico de Roque Esteban Scarpa, poeta, director de nuestra Academia, no pudo resistir al impulso de llevarlo a las partituras. Y así surgió ese orden cosmético (cosmos – caos), para soprano y orquesta, de *Mortal mantenimiento*, estrenado en 1992. “No sabes- me decía don Roque- lo que significa para un poeta sentirse en música...No puedo explicártelo. Es una culminación.”

Oye, amor. También el aire sueña
pechos en que morir, porque la sangre aliente.
También el amor muere, mortal mantenimiento.

Con modestia recuerdo que Carlos comentaba mis discursos académicos en términos musicológicos, de construcción, de volúmenes sonoros, de silencios, de estructura prosódica, de pautas de entonación, y yo sus discursos musicales en talante lingüístico y literario, de metáforas, producción de sentido, de coherencia y cohesión, de textura y sintaxis.

Por eso, durante el amplio período en que coincidimos como directores, nuestras Academias se pusieron en fácil consonancia y concierto. En concordia, que es unidad de corazón. Por eso también, a Carlos, le dolían los oídos cuando escuchaba alguna trasgresión idiomática. Se asomaba a mi oficina, consternado, afectado su ordenamiento interior melódico y rítmico, llagado por alguna impertinencia, por alguna prevaricación lingüística: “Alfredo, ¿te das cuenta? ¿Cómo es posible este titular de periódico: “grave está la niña que intentó ser violada”?”

Con taquicardia paroxística se veía afectada así su consistencia interior, su templada arquitectura *melo-poiética*. Discontinuidad, desajuste, ruptura, desequilibrio, irrupción del caos en el cosmos. ¡Cuántas horas de conversación sostuvimos sobre semiosis, fonética, religiones mistericas, orígenes del lenguaje y del canto!

Podría rememorar muchas circunstancias en que coincidieron nuestras miradas rigurosamente *orfeicas*. Por mencionar algunas. El poeta Juan Antonio Massone, de la Academia Chilena de la Lengua, leyó poemas de Pedro Prado para los discos *Bicentenario del piano chileno I* y *Bicentenario de la música sinfónica chilena I*. En 1998, en el acto de homenaje a la declaración, por la UNESCO, de san Millán de la Cogolla como “Patrimonio de la Humanidad”, Carmen Luisa Letelier interpretó canciones medievales españolas. Ese mismo año, las dos academias hermanas concelebraron el centenario del nacimiento de Federico García Lorca, con el canto profundo de Carmen Luisa Letelier. También la conjunción de la literatura con la plástica mereció una sesión conjunta, en la que José Ricardo Morales se refirió a “Velásquez y La Celestina. Una Venus que no es tal”. Especial relieve adquirió la ceremonia en que se presentó la obra bilingüe “Gabriela Mistral y Cecilia Meireles”, edición preparada por nuestra Academia y la Academia de Letras de Río de Janeiro, en que Carmen Luisa Letelier, como contralto, y Elvira Savi, al piano, interpretaron magistralmente canciones de compositores chilenos (Federico Heinlein, Alfonso Letelier y Alfonso Leng) con textos de Gabriela Mistral. También un ritual orgiástico de palabra y música, poesía y canto, fue el homenaje que rindieron, durante tres días en el Centro Cultural de España, nuestras Academias, a Federico García Lorca, con conferencias como “Las mujeres de García Lorca”, por Juan Antonio Massone, “Poesía y poética de García Lorca”, por Martín Panero, “En lo jondo del cante lorquiano”, por quien les habla; con representación de escenas de “Doña Rosita la Soltera”, “Yerma”, “La casa de Bernarda Alba” y “Bodas de sangre”, por las actrices María Cánepa, Loreto Moya, Virginia Fischer, Bélgica Castro y el actor y dramaturgo, Alejandro Sieveking; con

recitación de poemas, por Virginia Fischer e interpretación de canciones populares españolas del poeta granadino, por Carmen Luisa Letelier. Este mismo programa, ampliado con mesas redondas y otras conferencias, se realizó en la Universidad de Chile, bajo el nombre de “Seminario de estudios lorquianos”, y resultó de extraordinaria resonancia. También de gran esplendor, gracias a la solidaridad de espíritu y vocación de las dos academias, en la que Carlos Riesco puso todo su entusiasmo, fue la presentación, la primera en todo el mundo hispánico, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, de la nueva Ortografía de la Lengua Española, con la presencia del Director de la Real Academia Española, D. Víctor García de la Concha. En dicha oportunidad, septiembre de 1999, con notable esplendidez, dio hondo relieve al acto la elevada intervención de Carmen Luisa Letelier, Elvira Savi y el Ensemble Batok, con obras de Juan del Encina, Gabriela Mistral con música de Alfonso Leng, y Pablo Neruda con música de Juan Lémann. Y podría seguir, cómo no. Como el homenaje al Quijote o como la inauguración del Año Académico del Instituto de Chile, en marzo de 2001, cuando servíamos su presidencia, con el Presidente Ricardo Lagos en la testera, quien tuvo palabras de honda admiración por la distinguida contralto de la Academia Chilena de Bellas Artes, que también puso entonces la nobleza de su voz y de su arte. Y un vasto etcétera.

Por eso, deseo evocar a Carlos Riesco en el silencio del conticinio y en el aura de su resplandecencia, esa luz que procede de dentro. Resplandecencia que irradia y concede concordia, otorga integralidad y cosmos. Luz que aplaca, como la lira de Orfeo, y restituye el orden primordial. De los criterios de lo bello, para Tomás de Aquino, *integritas, proportio, claritas*, la personalidad de Carlos Riesco se me presenta como el triunfo de la *claritas*, poeta, músico, pensador, como el semidiós helénico. Comprendía y sabía – con el saber del sabor- que los orígenes del canto y la palabra se confunden. Y que todo se inaugura con un gran soplo –fuego que no se extingue, “rayo que no cesa”- acto respiratoria primordial. Podríamos poner en boca de Carlos Riesco, ese Soneto I de la segunda parte de los *Sonetos a Orfeo* de Rilke:

Respiración, ¡tú poema invisible!
Puro y permanente intercambio entre mi propio ser
y el universo. Contrapeso
en el que acontezco yo rítmicamente.

